

el sentir colectivo, el Homenaje, a una figura entrañable, a un maestro, Manuel de Terán Álvarez, que estará siempre vivo en nuestro recuerdo y en nuestro trabajo, el trabajo de la comunidad geográfica española.

Joaquín BOSQUE MAUREL

MANUEL DE TERÁN, MAESTRO DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

El día 7 de mayo de 1984 fallecía en su casa de la Residencia de Profesores de la Universidad Complutense Manuel de Terán, cuya vida profesional había estado ligada desde fecha bastante temprana a dicha Universidad. Una Universidad bajo cuyo patrocinio, gracias al expreso deseo de su Rector, el Profesor Villapalos, se publica el Homenaje que ahora se presenta.

Don Manuel, como le llamábamos sus discípulos, al menos los de las últimas generaciones, ha sido ante todo un maestro, recordado como tal por los varios cientos de discípulos que han tenido la fortuna de seguir sus enseñanzas en las aulas de nuestra Universidad. Un maestro estimado tanto por los alumnos en los que despertaba la vocación por la Geografía, cuando esta disciplina no era más que un auxiliar de la Historia, como en los que seguían otros caminos científicos, pero que siempre recordaban las enseñanzas de don Manuel y su profundo humanismo, así como su talante abierto y liberal que le hacía acreedor del respeto de todos, incluso de aquellos que no compartían sus ideas. Un maestro, en suma, en el sentido más universitario de la palabra, que la Universidad Complutense incorpora a la lista de los nombres más prestigiosos que han pasado por sus aulas.

Su vinculación con nuestra Universidad comienza en 1920, año en que inicia la carrera de Filosofía y Letras, Sección de Historia, en la Universidad Central de Madrid, en la calle Ancha de San Bernardo. Allí cursó un total de 17 asignaturas de las que tan sólo una era de Geografía, «Geografía Política y Descriptiva», que se impartía en tercer curso. Entre sus maestros destacaron, al menos en el recuerdo de don Manuel, Claudio Sánchez Albornoz, Elías Tormo y Manuel Gómez Moreno. Precisamente bajo la dirección de este último, y tras licenciarse en 1925, realizó su tesis doctoral que, con el título de «Vocabulario artístico en los siglos XVI y XVII», defiende en 1928. Al margen de estos profesores, Terán recordaba siempre a otros dos grandes maestros universitarios, Ortega y Gasset y Julián Besteiro, con los cuales cursó algunas enseñanzas.

Pero para el futuro profesional de don Manuel fue de especial interés el único curso de Geografía que siguió durante su carrera bajo la dirección de Eloy Bullón, Catedrático de nuestra Universidad desde 1907. En él se interesa de forma particular por la Historia de la Geografía y de los Descubri-

mientos geográficos, lo que incide en su posterior trayectoria académica y científica.

Como profesor se integrará por vez primera a nuestra Universidad en 1928, en calidad de ayudante de clases prácticas, puesto que tiene que abandonar para incorporarse como catedrático numerario de Geografía e Historia al Instituto de Segunda Enseñanza de Calatayud. En su expediente no consta que se reintegre a la Universidad al regresar a Madrid como profesor del Instituto-Escuela. La Guerra Civil y la inmediata postguerra constituyen una etapa traumática para el talante liberal y de acusada sensibilidad del maestro, hasta el punto de que don Manuel siempre decía de ella, parafraseando a Machado, que era una época «que recordar no quiero».

Tras la misma, en 1941, vuelve a la Universidad, de nuevo como ayudante, simultaneando su quehacer universitario con la docencia en el Instituto Beatriz Galindo, centro en el que numerosas alumnas que luego le escucharon en la Universidad recibieron sus primeras lecciones de Geografía. En la Central pasa de ayudante a encargado de curso y profesor adjunto, hasta que en 1951, y por la jubilación de Eloy Bullón, obtiene por oposición la primera Cátedra de Geografía en la Facultad de Filosofía y Letras en esa misma Universidad Central. Allí permaneció hasta su jubilación en 1975, aunque a través de su contacto con sus discípulos prolongue su magisterio hasta el mismo día de su muerte, en el que estaba citado con quien ahora les habla. Por este motivo tuve conocimiento de su fallecimiento a los pocos momentos de producirse, pudiendo así sumarse la Universidad desde los primeros instantes al dolor de sus familiares y amigos.

Durante los veinticuatro años que fue catedrático de nuestra Universidad y, en especial de la Facultad de Filosofía y Letras, en la sección que hoy se corresponde con la de Geografía e Historia —recordemos que durante algunos años enseñó también en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, en su cátedra de Geografía Humana—, desarrolló una intensa actividad docente e investigadora, fruto de la cual, además de sus publicaciones, analizadas por otras personas de esta mesa, son las 35 tesis doctorales y 157 memorias de licenciatura que dirigió y en las que, dentro de una amplia temática, predomina la Geografía Urbana y la Geografía Regional, con especial énfasis en el área madrileña.

Fruto de esta tensa e intensa actividad es la presencia de discípulos suyos en muchas universidades españolas: Autónoma de Madrid, Valladolid, Oviedo, Salamanca, Valencia, León, etc., así como en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y, por supuesto, en nuestra propia «alma máter», en la que sus discípulos tenemos la difícil misión de continuar su obra con su mismo talante humanista, abierto y liberal.

Pero don Manuel ha sido, ante todo, un maestro total, adelantado en muchas de sus ideas a su tiempo. Prácticas, seminarios, trabajos de campo, formaban parte de sus enseñanzas, muy en línea con su temprana vincula-

ción con el Instituto-Escuela. A ello unía una gran preocupación por no dissociar ciencia, humanismo, lenguaje y, en suma, todo lo que contribuye a una formación integral del alumno. Se trataba de hacer buenos geógrafos pero sin olvidar los demás campos de la vida científica, social y cultural.

Muchos podrían ser mis recuerdos personales de sus enseñanzas. Desde aquellas breves excursiones a la iglesia de Melque, entonces convertida en un corral, al risco de las Cuevas en Perales de Tajuña, a la Pedriza o aquel, en tantos aspectos inolvidable, viaje fin de carrera a Suiza e Italia, plagado de anécdotas y de enseñanzas geográficas y humanas, hasta sus magistrales clases de licenciatura y doctorado. Pero no quiero alargarme demasiado.

Diré, por ello, para terminar, que don Manuel ha sido, por encima de todo, un maestro que enseñaba con ilusión y que contagiaba esa ilusión, que se entregaba a sus alumnos, que confiaba en sus discípulos, respetando la personalidad de cada uno de ellos. Don Manuel ha sido un gran humanista, un maestro ejemplar en tantos y tantos aspectos, del que nos enorgullecemos todos cuantos le conocimos y escuchamos sus enseñanzas, sus discípulos todos, y la Universidad que hoy le rinde este Homenaje.

Aurora GARCÍA BALLESTEROS

HOMENAJE A DON MANUEL DE TERÁN

Afortunadamente pude recibir, aunque muy ajustadamente, el «*Homenaje a don Manuel de Terán. La Geografía española y mundial en los años ochenta*», que, junto con otro tomo sustancioso, constituye el merecido tributo que la Geografía española, aquí y ahora, rinde al gran maestro de nuestra disciplina. Pero la apresurada lectura de la decena de trabajos que se incluyen en el citado Homenaje sobre la vida y obra de don Manuel, constituyen tan enjundioso material que temo el tiempo disponible no me haya permitido una deglución intelectual pausada y asimiladora y que, por lo tanto, sólo torpemente transmita a ustedes la glosa adecuada de sus ideas. Pero lo intentaré para que desde mi condición de presidente de la AGE quede patente la admiración, respeto y aprecio que los geógrafos españoles profesamos a la singladura vital e intelectual de don Manuel de Terán, maestro de geógrafos.

Por otra parte, en la obligada, aunque siempre delicada asignación de papeles que se acostumbra a hacer en estos casos, me ha correspondido a mí decirles algo —eso sí, muy brevemente, se me sugirió— sobre la geografía de España que practicó y nos transmitió don Manuel de Terán. Y a cometer voy tan modesta empresa —no por la enjundia de lo escrito por Terán, sino por mi desmaño y premura de tiempo—, consciente, además, de que no tuve la suerte de ser discípulo directo suyo, como se acostumbra a decir en estos